

## JAPON DESPUES DE SATO

En un Japón en donde ocho años de Gobierno Sato han representado otros tantos años de total fidelidad a los Estados Unidos, la evolución de la reciente política china y financiera del Presidente Nixon ha sido recibida como una bofetada. Frente a la subversión de los datos tradicionales del equilibrio mundial, el objetivo esencial que habrá de plantearse el sucesor de Eisaku Sato será el de sentar las bases de una nueva política exterior. Para ello habrá de tener en cuenta una opinión interior que comienza a desligarse de los Estados Unidos para mirar hacia China.

Desde hace ya un año, los medios políticos y de negocio preparan esta sucesión. La lucha se desarrolla no entre los candidatos de los distintos partidos, sino entre los de las diferentes facciones del partido liberal demócrata. Tradicionalmente es el jefe de este partido conservador, que lleva ocupando el poder desde el final de la guerra, quien asume la función de primer ministro. En las últimas elecciones de 1969 el L.D.P. obtuvo el 49 por 100 de los votos y, mediante el juego del escrutinio mayoritario, consiguió una fuerte mayoría en ambas Cámaras. El partido socialista, por su parte, obtuvo el 21 por 100 de los votos; el Komeido, nuevo partido budista, consiguió el 10 por ciento, y el partido comunista sólo el 6 por 100. En las próximas elecciones generales, a celebrarse en 1973, se registrará seguramente un importante descenso del partido conservador. A menos que —y aquí se cifra el interés de la apuesta— el sucesor de Eisaku Sato consiga establecer relaciones satisfactorias con China y la URSS, sin, empero, desligarse del principal aliado, los Estados Unidos.

El intento es ciertamente delicado. Desde la visita de Nixon a Pekín la URSS trata de aproximarse al Japón. Moscú ha propuesto a Tokio, entre otras cosas, la discusión de un tratado de paz, el examen del problema de las Kuriles y la construcción conjunta de un oleoducto entre Tiumen, Siberia y el mar de Japón. Pero este último punto podría perjudicar el diálogo con China, la cual estima que el oleoducto en cuestión facilitaría los desplazamientos de tropas soviéticas a lo largo de sus fronteras. De todas formas, Pekín se niega a entablar discusiones a nivel gubernamental mientras el Japón no modifique su actitud con respecto a Taiwan.

¿Quién será el hombre capaz de llevar a buen puerto esa difícil empresa, basada en el equilibrio entre las distintas potencias interesadas y de conducir al Japón sin crisis hacia una relativa autonomía? El problema se les plantea de modo acuciante a los grandes empresarios japoneses. Todo el mundo sabe que en el Japón son los medios financieros, o «zaikai», quienes hacen y deshacen los Gobiernos. Su contribución anual al L.D.P. se cifra en millones de yens. Durante los períodos electorales circulan abundantemente sobornos y promesas. El favorito del «zaikai» era hasta hace poco el ministro de Asuntos Exteriores y delfín de Sato, Takeo Fukuda. Apoyado por Nagano, presidente del mayor «trust» siderúrgico del mundo, ese antiguo ministro de Hacienda mantiene relaciones muy estrechas con los medios financieros.

Su rival, Kahveï Tanaka, tiene una personalidad totalmente distinta, es un «outsider». Hijo de un tratante de ganados, Tanaka no pasó de la escuela primaria, y sólo gracias a su propia habilidad logró convertirse en influyente hombre de negocios, primero, y en ministro de Comercio e Industria, después. Muy popular entre las masas, este «buildozer con cerebro de computadora», como le llaman, ha cultivado siempre una imagen progresista.

Sin embargo, Fukuda y Tanaka apenas si difieren entre sí en el plano político. Excepto en un punto, que puede ser determinante: mientras que Tanaka no ha clarificado nunca su postura frente a Pekín, Fukuda ha estado largo tiempo ligado al «lobby-taiwanés», y los chinos han dado a entender que no negociarán con él como no han negociado con Sato.

Ahora bien, el mercado chino es esencial para los hombres de negocios japoneses (el Japón es el principal abastecedor de China, país al que suministra aproximadamente el 27 por 100 de su total de importaciones). El año pasado, a petición de Chou-En-lai, las grandes firmas japonesas manifestaron que aceptarían la suspensión de todo comercio con Taiwan (de hecho ya han eludido la dificultad creando filiales distintas para China popular y China nacionalista).

El «zaikai» mira cada vez más hacia China. No es pura casualidad el que Tanaka le resulte cada vez más simpático. ■ KENIZE MOURAD.

Desde la silla de pista no solamente se ve lo que pasa. También se oye lo que suena. Digo esto, porque la semana que acaba de transcurrir ha sido una semana eminentemente musical. Aparte de la cena política de Gavilanes, de la que habla Enrique Miret Magdalena, que estuvo presente, en este mismo número de la revista, no ha habido estos días ningún otro «espectáculo» digno de ser contado. Se han registrado, en cambio, algunos «eventos» musicales que vale la pena mencionar. Y no solamente me refiero a las arias, romanzas y «solos» que se escuchan en estos días en el «concierto» de la política nacional. De las relaciones entre música y política me di cuenta yo un día en que asistí a una conferencia de don Blas Piñar en el Centro Cubano de Madrid. Al final de la disertación, don Blas cantó aquello de

«Cuando salí de Cuba  
dejé mi vida, dejé mi amor...».

que fue entusiásticamente aplaudido por el público. Posteriormente he reflexionado algo sobre este tema. En otro lugar aludía recientemente, por ejemplo, a las concomitancias que existen entre el naturalismo de la canción que dio a España el triunfo en Eurovisión, el «La, la, la», y la famosa teoría del huevo y la gallina del profesor Fraga Iribarne. Hay que decir que en aquellos momentos nos encontrábamos más cerca de Europa de lo que nos encontramos ahora. El triunfo de Massiel durante la «primavera de Fraga» es en este sentido tan elocuente como puede serlo el fracaso de los cantantes de la tecnocracia en las sucesivas ediciones del certamen. Para el turista europeo, España es una puerta en la que puede leerse: «Pase usted sin llamar». Para nosotros, en cambio, Europa no es un sitio en el que podamos entrar sin llamar (ni siquiera llamando, si son exactas algunas versiones que circulan respecto de las conversaciones de Walter Scheel, en Madrid). Y esto no es bonito, porque, como suele decirse, o jugamos todos o rompemos las cartas. En frase de don José Antonio Girón, en su discurso de Valladolid, «nosotros respetamos el destino en lo universal de los pueblos europeos mientras que los pueblos europeos no respetan nuestro destino en lo universal».

Para seguir con los paralelismos político-musicales, no cabe duda que muchos de los aspectos de la actual orientación de la política española se encuentran ya esbozados en algunas de las canciones de la también eurovisiva Karina. «Sólo al final del camino, las cosas claras verás», decía la canción que nos representaba. ¡Qué gran verdad! Una de las más famosas canciones de Karina inspiró probablemente a un entonces desconocido periodista que luego ha llegado a ser famoso, Diego Ramírez. Es aquella que dice: «Buscando en el baúl de los recuerdos, uhuhú». Diego Ramírez, ya se sabe, ha creado escuela y en estos días los articulistas y oradores compiten en el arte de resucitar el



## MUSICA Y POLITICA

viejo lenguaje de los años cuarenta. Es lo que está de moda. La campaña de recuperación de lo «camp», llevada a cabo por Televisión Española en sus programas domingeros, ha logrado mitificar este concepto.

Altamente ilustrativo ha sido el episodio del descubrimiento, en el curso de la semana musical, de una versión «pop» del «Cara al Sol». Se trata, al parecer, de un «fox» lento, cuya grabación ha dado lugar a variadas

reacciones que por su interés resumiré brevemente. El Ministerio de Información y Turismo ha procedido al inmediato secuestro del disco. Comentando este hecho don Emilio Romero, en un encomiable esfuerzo digestivo, ha dicho en un artículo publicado en «El Noticiero Universal» de Barcelona, después de haber escuchado el disco, que «creo que hemos sido otra vez prisioneros de nuestros propios convencionalismos y rigurosidades». Para Romero, el «Cara al Sol» «pop» «es una versión admirable y la interpretación es respetuosa y emocionante. Atrae y conmueve». Y añade: «Entre este disco y un discurso falangista antiguo me quedo con el disco». Lo que en esta versión atrae al señor Romero es lo que tiene de actualización del himno, de recuperación del mundo «camp» del «Cara al Sol»: «... es una composición melódica y no desenfrenada; sentida y no ligera; expresa la pureza juvenil hacia los idealismos... Es muy de ahora mismo. Y si las ideas hay que actualizarlas para que no se fossilicen en los tópicos, pienso que el tratamiento de los himnos o de las canciones de amor o de guerra tienen que ser ofrecidas en la versión de su tiempo». Y termina diciendo: «El primer «Cara al Sol», cuando se hizo, fue para los jóvenes. Este de ahora, también».

Es interesante, en el contexto del actual momento político, que no haya prevailecido la tesis de don Emilio Romero. Conceder como don Emilio suele ser de las tendencias dominantes en política, no parece haber visto demasiado claro en esta ocasión. De lo que se trata no es de reactualizar lo «camp» a base de darlo en un nuevo lenguaje. Lo que hoy se lleva es el lenguaje antiguo, la vuelta a los orígenes, lo pristino y raigal, y no la «mise au jour» de las cosas antiguas en un nuevo lenguaje. Uno de los autores de la letra del «Cara al Sol», José María Alfaro, ha sido rotundo en su comentario. Cuando le dijeron que se había grabado ese disco exclamó: «¡No quiero oírlo!». Glosando esta dramática frase, por su parte, el comentarista político de «Arriba», Antonio Izquierdo, aunque defendía también en principio la versión «pop» del himno como «bellísima y respetuosa», daba la razón a José María Alfaro, porque el «Cara al Sol» «conforma un retazo de historia sangrante y no es fácil trasvasarlo, de la noche a la mañana, a una sala de fiestas para el bullicio y la evasión». Todos los comentaristas, también don Emilio Romero, se habían mostrado partidarios que no se autorizara la interpretación de esta versión en las salas de fiestas o como disco «bailable». ■ LUIS CARANDELL.